1492 [117]

JEAN FAVIER

Las tres carabelas, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, salen de Palos al alba de viernes 3 de agosto de 1492. En sus velas se han pintado grandes cruces. Visiblemente inspirado por lo que sabe de las corrientes y de los vientos, Colón empieza por descender de latitud. Alcanza las Canarias. Sólo allí, al llegar a la isla de Hierro, la última de las Canarias, justo al sur del paralelo 28, pondrá proa al oeste aprovechando el alisio que empuja entonces por la parte trasera de estribor.

LAS CANARIAS

La navegación no tiene historia. Colón lleva un diario. El viento es bueno. Se navega noche y día. Las carabelas hacen de quince a cuarenta leguas por día: de 80 de 220 kilómetros. El 6 de agosto se rompe el timón de la *Pinta*, tal vez saboteado por su propietario Cristóbal Quintero, bastante descontento de que hayan requisado su barco para una aventura tan incierta. Colón lo piensa en voz alta: Quintero esperaba regresar a Palos. Martín Pinzón hace por dos veces una reparación improvisada, con cuerdas. Mandará arreglarlo en las Canarias. Nada de esto es extraordinario, pero la sospecha enturbia ya la atmósfera. Y Colón se propone dejar la Pinta en las Canarias si encuentra un barco en condiciones de hacerse a la mar.

El 12 de agosto, la *Santa María* y la *Niña* están en las Canarias, donde se les reúne unos días más tarde un *Pinto* de andadura retardada por la avería. Se aprovecha el tiempo perdido para buscar otra carabela, después para reparar la *Pinta* para modificar como hemos dicho ya el aparejo de la *Niña*, dotada hasta entonces de un velamen triangular de carabela pura que la hacía lenta y obligada a las otras a recoger tela. Colón sabe que la paciencia de las tripulaciones sigue siendo el punto débil de todas las expediciones lejanas, más aún si son inciertas. El Almirante está seguro de sí, pero no puede correr el riesgo de hacer más lenta la marcha.

Las Canarias son el último descenso antes de la aventura. Buscando todavía un barco, Colón va de una isla a otra, lo cual permite a las tripulaciones ver, en Tenerife, un volcán en erupción. Se fondea el 20 de agosto en San Sebastián, el 25 en la Gran Canaria, el 2 de septiembre de nuevo en Gomera. Mientras, a falta de una nueva

[117] Texto del capítulo XVII "1492", pp. 369-394, de la obra de Jean Favier, *Los grandes descubrimientos. De Alejandro a Magallanes*, Fondo de Cultura Económica, México, Julio de 1995, 480 pp.

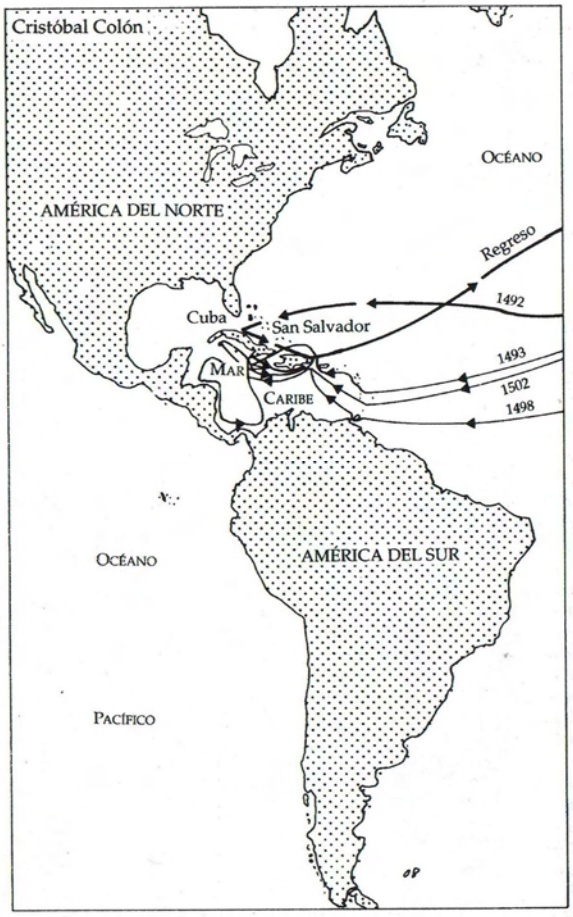
carabela, se termina de reparar la *Pinta*, Colón hace la corte a la joven viuda del antiguo gobernador, Inés Peraza, que da una soberbia fiesta en su honor. Asoma ya el virrey tras el aventurero. Se le trata de Almirante del Océano. Algunos chismes lo reconfortan: con buen tiempo, se ve una isla al oeste. Pero el descenso ha durado bastante, y se anuncia la presencia en las inmediaciones de tres carabelas portuguesas a las que el Almirante no tiene ganas ni de hacer frente -no tiene soldados a bordo- ni de dirigir gratis a las islas nuevas. El 6 de septiembre, Colón decide partir. Se asiste a misa, la última hasta dentro de mucho tiempo. Todo el mundo vuelve a subir a bordo. El domingo 6 se ven por última vez las tierras conocidas. A los nostálgicos y a los temerosos que refunfuñan, Colón les promete “muchas tierras y riquezas”.

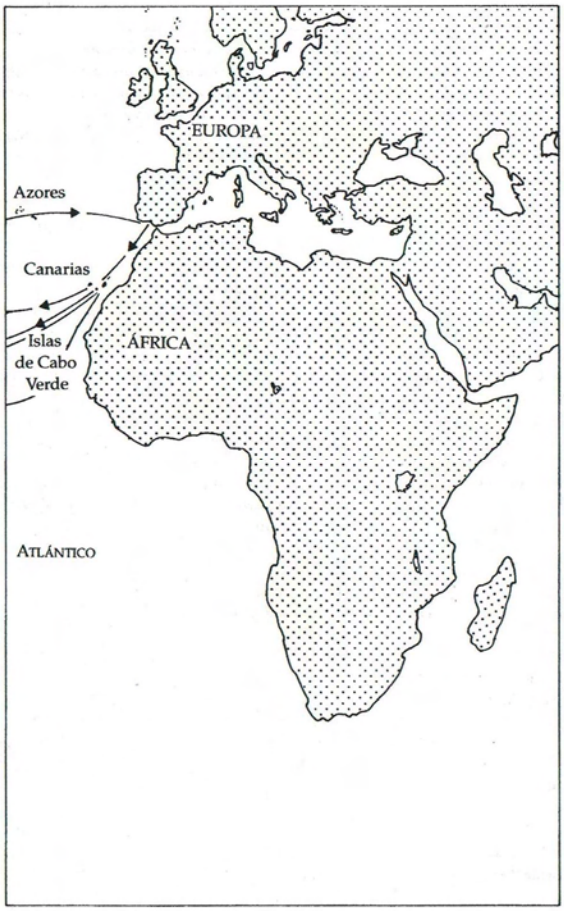
LA HIERBA Y LAS AVES MARINAS

Lo que se sabe del viaje proviene indirectamente del diario llevado por el propio Cristóbal Colón desde el instante en que se hace a la mar, diario que ilustra como excelente cartógrafo que es. El original desapareció en vida del Almirante. El autor de la Historia atribuida a su hijo Fernando lo utilizó y lo citó abundantemente. El hijo de un compañero, el futuro obispo Bartolomé de las Casas, lo explotó igualmente para su *Historia de las Indias*. Ese diario, de una precisión externa, sólo peca en un punto: desde el 9 de septiembre, Colón escoge subestimar deliberadamente la ruta andada cada día. Cuando hace veinte leguas, anuncia dieciséis. El Almirante sabe que su tripulación, tarde o temprano, se impacientará y que, como todos los empresarios de expediciones lejanas, tendrá que hacer frente al desaliento. Pero hay un dato del que Colón está obviamente menos seguro que de los otros: la distancia. Está seguro de la latitud a la que debe encontrar Cipango, no de una longitud que depende de la circunferencia de la tierra, sobre la cual sabe que está en desacuerdo con la mitad de los cosmógrafos. Al anotar cada día un poco menos que la ruta realmente recorrida, se asegura una réplica para los que dijeran demasiado apresuradamente que no encuentra nada. Sólo los pilotos, que hacen la cuenta, conocen la ruta real. A las tripulaciones, se les dice lo que se anota en la bitácora.

Como lo previó, el viento es bueno. Las carabelas corren a diez nudos. El 11 de septiembre, se ve flotar un tronco de madera que los marinos identifican: es un pedazo de madera de cofa. El barco naufragado debía desplazar 120 toneladas. Otros han pasado pues por allí, y han ido más al oeste. El 13, cuando se encuentra una corriente contraria, se da cuenta de la deriva magnética: la brújula ha pasado algunos grados del noroeste al noreste. Colón empieza a desconfiar del instrumento. Lo verificará hasta el

final, multiplicando las medidas y haciendo que sus tres pilotos apunten a la Polar cada vez que sea posible.





El 14, alegría en la *Niña*: se ve pasar una golondrina de mar y un faetón, una especie de pájaro blanco del que los marinos saben que no se aleja de la tierra mucho más de 25 leguas. Todos concluyen que se acercan a la meta. Un nuevo feliz presagio sobreviene el 15: “un maravilloso ramo de fuego”, una estrella fugaz. El viento es regular y sigue soplando hacia el suroeste. Se anota que el aire está “templado”. Las madrugadas son un encanto. No falta, anota Colón, más que escuchar al ruiseñor. Se creería uno en abril en Andalucía.

Unos puñados de hierba muy verde flotan sobre el océano. No está lejos alguna tierra. La alegría reina a bordo. Pero Colón está seguro de sus cálculos: puede ser una isla, no la tierra firme. Ésta está más lejos.

A partir del 17, las motas de hierba se hacen más numerosas. Es el mar de los Sargazos. Esas hierbas, esas algas en realidad, devuelven la esperanza a la tripulación que empezaba a impacientarse. El agua parece menos salada, y un cangrejo vivo flota en la hierba. Se ve un cardumen de atunes. Se pesca uno. De nuevo un faetón vuela sobre el océano. El pájaro, observa el Almirante, no tiene la costumbre de dormir en el mar. La tierra está cerca. El 18 de septiembre, el cielo se vuelve oscuro hacia el norte. Algunos piensan, con Colón, que la tierra está cercana. Nadie dice de dónde la tierra puede oscurecer el cielo.

Hasta ahora, Martín Alonso Pinzón se ha portado como fiel lugarteniente. Cuando la tierra parece cercana puesto que se ven cada vez más pájaros volar hacia el poniente, Pinzón se propone tomar ventaja sobre Colón. Hace pasar la rápida *Pinta* por delante de la pesada *Santa María*. Está dispuesto a ser el primero que vea la tierra que se anuncia, y no lo oculta.

El 19 dos plangas se cruzan con las carabelas. Colón sabe bien que esos grandes palmípedos anidan en las rocas; el planga no se aleja nunca de la tierra más de veinte leguas. La bruma se extiende sobre el mar. Llueve, sin viento: signo de tierra. Todo es signo de tierra, para esos marinos acostumbrados a interpretar el cielo y el mar.

Ese día, el Almirante manda proceder a unos cálculos. El piloto de la *Santa María* estima que se ha recorrido 400 leguas. El de la *Pinta* encuentra 420, el de la *Niña* 440: entre 2 200 y 2 500 kilómetros. Es como decir que Colón y sus lugartenientes piensan haber hecho la mitad del camino. Deben estar en “las islas” o acercarse a ellas. Pero sería peligroso dejar creer que ya no saben bien dónde están. Colón y sus tres carabelas podrían surcar las inmediaciones hasta encontrar una isla. La tripulación no se engañaría: la indecisión sería flagrante. Colón finge estar absolutamente seguro de sí mismo, cosa que ya no está: continúa su ruta en línea recta. Van primero a las Indias. Verán las islas al regreso.

La declinación magnética es ahora tal, que la brújula es ya un flaco recurso. No indica el norte. Los marinos se inquietan. Desde que se puso cómo dar una verdadera precisión a la aguja imantada, se confía en ella. Con la declinación, que distingue un norte magnético del norte geográfico que es el polo y cuya dirección indica inmutablemente la Polar, es una certidumbre que va a pique. Colón toma la altura de la Polar, muestra, con el cuadrante en la mano, que las cosas están en orden.

Los signos se multiplican. El 20 de septiembre, se ven tres plangas y mucha hierba. Una especie de golondrina de mar viene a posarse en la Santa María. Se deja

tomar con la mano: es un “pájaro de río”. Se oye silbar a los pájaros de tierra. Una planga pasa en línea recta; bien del oeste-noroeste.

El 21 surge una nueva dificultad. La hierba abunda hasta tal punto en el mar, que da al elemento líquido la apariencia de un sólido. El agua “parece cuajada”, anota el Almirante. Están en el corazón del mar de los Sargazos, que parece “cuajado como lo estaría por el hielo”. A Colón le ha avisado Vázquez de la Frontera. Una vez más. Se ejercita en convencer a sus hombres de que todo es normal. Pero él mismo está inquieto.

Ven un planga más. Se cruzan con una ballena. ¿No es una vez más signo de tierra? ¿No nadan las ballenas cerca de las costas? Vale la pena decir todo lo que pueda tranquilizar a la tripulación, y Colón consolida su razonamiento: las carabelas pasan sin duda entre las islas tantas veces imaginadas, pero no es ésa la meta principal de la expedición. Van a las Indias. Las islas quedarán para después, para el regreso.

El 22 de septiembre, siguen en el mar de los Sargazos. Unos pocos pájaros vuelan sobre las carabelas: dos petreles. Al día siguiente los pájaros se hacen numerosos. Una planga, una tórtola, un gorrión, unas gaviotas. Los cangrejos pueblan las hierbas flotantes. Las curiosidades se suceden, pero hace mucho tiempo que se ven signos sin ver tierra. Colón es cada día menos creíble cuando anuncia que están llegando a la meta.

Por lo menos saca ventaja de una mar gruesa y un viento contrario que retrasan la marcha a medida que se alcanza la zona donde los grandes vientos hasta entonces paralelos al aliso empiezan a orientarse al noroeste: las carabelas van menos aprisa, pero las tripulaciones tienen por fin la prueba de que podrán regresar. Desde las Canarias, algunos hacían la pregunta en voz alta, y Colón, por seguro que estuviera del sistema de los vientos, no tenía ninguna prueba que dar de su convicción. Anticipándose al mesianismo que pronto se apoderará de él, el Almirante hace una declaración en la que Moisés y el Mar Rojo le sirven de referencia paradójica y en la que la marcha del pueblo de Israel hacia la Tierra prometida toma la catadura de una prefiguración de la navegación hacia un Nuevo Mundo.

> Así, muy necesaria fue la mar gruesa, y nunca lo pareció tanto, salvo en la edad de los judíos, cuando salieron de Egipto con Moisés que los sacaba del cautiverio.

El 25 de septiembre el aire es suave. Se observa un cardumen de besugos. Eso redondea casi la cosa. Las tripulaciones encuentran que se ven muchos indicios favorables, pero no muchas tierras. Poniendo borda contra borda, Colón y Pinzón

celebran una conferencia. Durante ese tiempo, el nerviosismo no hace sino crecer entre la tripulación. Los marinos murmuran contra un almirante que no es de los suyos. La confianza se tambalea.

> Siendo el Almirante un extranjero, no gozando de ningún favor, habiendo sido siempre desaprobado, y habiendo sido su opinión contradicha por tantos hombres doctos y sabios, nadie la aprobaría ni lo defendería ahora. Creerían de mejor gana lo que [los marineros] dijeran de él, y achacarían a ignorancia y a mal gobierno todo que él pudiera reprocharles para justificarse.
>
> Tampoco faltaban quien dijera que más valía dejar la discusión: si el Almirante no quería renunciar a su proyecto, podían echarlo al mar y declarar después que había caído por descuido queriendo observar las estrellas.

Este relato, naturalmente, no es de Colón sino de su hijo Fernando, que lo oyó de los propios marineros. Pero el Almirante, si ignorara los conciliábulos, mide la mala voluntad. A su alrededor no hay más que una idea que tenga la unanimidad: volver a Castilla.

Colón no para de arengar a sus hombres. Todo el mundo está en la burda. Parece que cada hora sea un año. El Almirante, que falsifica desde las Canarias sus estimaciones de distancia, minimiza todavía más las cifras reales: la escuadra debería estar en las islas, y no se vislumbra nada. Sin duda las han rebasado. Es lo que le explica a Martín Pinzón, que le devuelve mediante una cuerda, desde la Pinta, el mapa en el cual, en otro tiempo, Colón no temió pintar “ciertas islas de ese mar”.

La fatiga hace estragos. El 25 por la tarde, Pinzón ve un espejismo delante de su estribor: una isla. Grita la noticia al Almirante, pidiendo sin esperar más el don prometido al que viera la primera tierra. Se canta el *Gloria* en la *Pinta*, después en la *Niña* y en la *Santa María*. Los marineros trepan a los mástiles. Todo el mundo ve la isla, o más bien el espejismo. Colón manda poner proa hacia la isla. Al alba no se habrá encontrado nada sino unos cardúmenes de besugos. Pinzón tiene que convencerse de su vanidad. Ha dado gracia a Dios un poco apresuradamente. Está enojado. Los marineros sienten la necesidad de refrescarse la cabeza: a favor de la calma dicha, el incidente termina con un baño nocturno en el océano sin islas.

La monotonía se hace lacerante. El 27 pescan un besugo; el 28 dos. El 29, se ve volar una “fragata”: es un pájaro que hace “vomitar a los plangas lo que han comido, para alimentarse a su vez con ello”. Y los días se suceden. El 30 pasan cuatro faetones, luego dos veces cuatro plangas. Un pájaro aislado puede estar perdido en el mar. Doce significan la tierra muy cerca. Por lo menos Colón lo repite, anotando a cada vuelo de planga o de faetón las distancias que puede mantener el pájaro lejos de su nido. El 3 de

octubre se observa la mezcla de hierbas frescas y de hierbas podridas que cruzan los barcos. Colón juzga una vez más que ha debido rebasar las islas. Lo que anuncia son las Islas. No van a pararse para ninguna faena.

Además el, aire es suave, y no falta más que el ruiseñor. Las carabelas corren a diez u once nudos. Colón anota periódicamente que conviene dar gracias a Dios por el mar que es hermoso y por el aire que es templado. Los marineros son menos sensibles que su almirante. Para ocupar el ánimo, éste mide la longitud de la noche según el arco recorrido por las estrellas de detrás de la Osa Menor. Equivocándose en su mira demasiado baja sobre el horizonte, encuentra por la mañana el norte magnético en el eje de la Polar.

CUENTAS Y ANGUSTIAS

El 1 de octubre, se hacen de nuevo las cuentas. El piloto de la *Santa María* afirma haber recorrido 578 leguas hacia el oeste: 3 200 kilómetros. Colón, que han confesado 524 leguas, estima que ha recorrido 707 desde las Canarias. A los dos días, el piloto de la Pinta anuncia 634 leguas; el de la Niña encuentra 540. La confusión es total. Ya no saben dónde están.

El 6 de octubre se instala la angustia, aunque el Almirante finja considerar sin importancia la pregunta que hace Pinzón. ¿Y si hubiera ido demasiado lejos? En una semana han avanzado más de 25 leguas. ¿Y si hubieran rebasado ya Cipango? A Martín Alonso Pinzón no le gustaría haber errado la cita con la India. Bien podría ser que tocaran por las buenas las costas de África y se dieran de narices con los portugueses. Pinzón hace observar a Colón que han recorrido más de las 750 leguas anunciadas. De hecho, desde las Canarias, están seguros de haber recorrido ya 800 leguas. La hermosa solidaridad de la partida se desmorona ante la probabilidad del fracaso. Pinzón sugiere que desvíen la ruta al oeste. Colón reserva su decisión.

Los ánimos están cada vez más tensos. Se ve una vez más un espejismo. Cada uno quiere ser el primero en ver tierra: hay 10 000 maravedís de renta para quien grite la noticia. Colón se ve obligado a calmar el juego: quien gritare en vano quedará privado tres días de su derecho a la renta, incluso si es realmente el primero que vea desde la tierra durante esos tres días. Hay que dominar los nervios. La *Niña* no por eso deja de disparar un tiro de bombarda la mañana del domingo 7 de octubre. ¿De veras se han visto venir del oeste pájaros migratorios? Colón cede. Una hora antes de la puesta del sol, manda poner proa al oeste-suroeste.

Puede uno asomarse de esa decisión: significa que, si han rebasado Cipango, las tres carabelas van a hundirse en el océano Índico en lugar de llegar a Catay. A decir verdad, el cosmógrafo no está ya como calcular su punto de aterrizaje. Los marineros se impacientan. Aquel que ha de ser su virrey no está ya como para buscar una tierra precisa. Cualquier tierra será la buena. No son ya los tiempos en que Colón y Pinzón rivalizan sobre quién vería primero la tierra. El Almirante hace navegar ahora a sus tres carabelas agrupadas día y noche, a fin de reunir las observaciones. Tal vez trata también de limitar la impresión de aislamiento. Es obvio que tiembla ante el riesgo de motín.

El 8 de octubre, felizmente, las señales se intensifican. El mar está tranquilo como "el río de Sevilla", el Guadalquivir. La temperatura es suave. El aire está perfumado. Ostensiblemente, Colón da gracias a Dios. Ven un planga, pero también patos y cornejas. Éstas no acostumbran posarse en el mar.

El motín se percibe ya. Los marineros son indiferentes al aire perfumado. El 10, la tensión se agrava. Juan de la Cosa y sus vascos manifiestan su ira en la *Santa María*. Martín Pinzón, desde la *Pinta* donde las cosas son menos graves, sugiere mandar ejecutar a los cabecillas: "¡Que tiren media docena al mar!" Colón juzga la réplica excesiva, prefiere negociar. La amenaza sin embargo ha sido escuchada, y Pinzón juzgará, no sin razón, que ha salvado la situación. Nadie sabrá nunca cuál fue en esa jornada dramática la parte de Pinzón y cuál la de Colón. Nadie querrá, más tarde, haber pensado que más valía regresar a casa. Reconfortado, o reconfortante, Colón formula en todo caso una apuesta: pide a sus marinos tres días de paciencia. En su diario, anota que los hombres no pueden más pero que es inútil quejarse: ¿no han venido para "alcanzar las Indias"? De las tierras nuevas, de las islas nuevas, nadie habla ya.

Pasa un día. El jueves 11 la mar está gruesa, y flota toda clase de cosas alrededor de las carabelas, bastones, un junco verde, un espinoso con sus frutas. Se ve pasar una plancha que no tiene nada de una madera natural. Pescan un bastón labrado a cuchillo. La tierra está habitada.

¡TIERRA!

A las diez de la noche, Colón cree ver una luz, un fuego. Toma dos testigos. Uno ve el fulgor, el otro no ve nada. El Almirante decide callarse. Después de las sanciones que ha dictado contra los anuncios prematuros, no puede ponerse en ridículo. Si fuera una ilusión de óptica...

Como todas las noches, se canta el *Salve Regina*. Colón prescribe una vigilancia nocturna particularmente atenta en la proa. La tierra no puede estar más que unas pocas horas, y las carabelas corren a doce nudos, siempre hacia el oeste-suroeste. La rápida *Pinta* va a la cabeza. Pinzón piensa en su dinero. En la renta de 10 000 maravedís prometida por el rey, Colón añade un jubón de seda que regalará de inmediato al primero que vea tierra. Es cosa de quién la verá y quién no anunciará equivocadamente. Nadie duerme.

Una hora más tarde, un marinero de la *Pinta*, Rodrigo de Triana, grita de pronto: "¡Tierra!" Está seguro de ver una playa de arena blanca. Pinzón hace las señales convenidas, después manda azocar hacia la *Santa María*. El paje de Colón revela lo que su amo ha visto ya. Pero Colón revela lo que su amo ha visto ya. Pero Colón permanece prudente. Si hubiera que desdecirse después de haber festejado, sería la insurrección.

A las dos del mañana, todo el mundo ve la playa, dos leguas delante de la escuadra. Esta vez, el Almirante manda disparar la bombarda. Promete oro a Martín Pinzón. Los marineros se abrazan. Se reducen las velas. Se ponen al pairo: ni hablar de abordar durante la noche. Al amanecer, las tres carabelas fondean delante de una playa ya poblada de salvajes completamente desnudos. Colón y los dos Pinzón bajan a tierra. Es el viernes 12 de octubre de 1492. La travesía ha durado 34 días. Feliz con el número sagrado de los años de vida de Cristo, Colón contará 33 días, como si hubiera desembarcado el 11 por la noche.

Por lo que pueden comprender de un alud de palabras desconocidas salpicadas de gestos más o menos explicativos, la isla se llama Guanahani. En honor del Salvador, "de la Divina majestad que me ha dado todo esto por milagro", escribirá a los Reyes, Colón la bautiza inmediatamente San Salvador, tomando por su cuenta el uso de los portugueses, que nunca dejaron, a lo largo de todo el siglo, de poner nombres, y casi siempre nombres cristianos, a las islas, a los cabos y a los ríos de África. A pesar de muchas incertidumbres que han permitido a los historiadores proponer la identificación de San Salvador con una u otra de las Bahamas meridionales (antes llamadas Lucayas), se puede considerar que se trata sin duda de Watling, una de las últimas Bahamas, al norte de la punta oriental de Cuba.

El Almirante no pierde el tiempo. Ante los indígenas estupefactos, planta en tierra tres estandartes: el estandarte real de España y los dos estandartes con la cruz verde sellada con la cifra personal de Fernando y de Isabel. Ya es virrey. Se llama al notario Rodrigo de Escovedo, así como al oficial real Rodrigo Sánchez de Segovia, encargado de representar en la expedición los intereses de los Reyes. *In continente*, el

notario levanta el acta por la cual Colón toma posesión de la isla en nombre de los Reyes. Los compañeros de Colón le rinden obediencia. Acto seguido, todos se abrazan.

LOS INDIOS

Empiezan entonces los negocios. Los "indios" vienen hasta las carabelas, y los españoles se ponen a admirar las piraguas hechas de un tronco de árbol. Unas están talladas para un solo hombre, otras son lo bastante grandes para contener hasta unas 40 personas. Reman con una especie de pala de panadero. Van equipados con calabazas para achicar, y enderezan fácilmente su piragua cuando ha zozobrado. Se les ofrecen collares de vidrio, cascabeles para las orejas, bonetes de punto de la lana roja.

Dan a cambio azagayas, loros, hilo de algodón. Éste se paga a tres monedillas de plata por dieciséis pelotas. A veces se burlan de los indios, y Colón debe hacer de policía, sin duda por respeto a los indios y por interés, pero también para no atiborrar sus calas de pelotas de algodón. No han venido para eso.

> Prohibí que les dieran objetos tan miserables como cascajo de escudillas rotas, trozos de vidrio o puntas de agujetas, aunque, cuando podían conseguir tales cosas, les pareciese que poseían las más preciosas joyas del mundo. Llegó a suceder que por una agujeta un marinero consiguiese el peso de dos castellanos y medio de oro...
>
> Esto me pareció más, y lo prohibí. Les di mil graciosas y buenas cosas, de las que traía, a fin de que con eso nos tomasen amor. Tanto más cuanto que se harán cristianos, que se inclinan ya a amar y a servir a Sus Altezas así como a toda la nación castellana.

Esas gentes son pacíficas: se cortan los dedos apenas quieren empuñar las espadas que les muestran. Son pobres y viven desnudos "tal como sus madres los parieron", pero pintados de colores diversos a los que Colón no logra dar una significación.

> Son todos muy bien hechos, muy hermosos de cuerpo y muy agradables de rostro, con cabellos casi tan gruesos como la crin de la cola de los cabellos. Los llevan cortos cayéndoles hasta las cejas, salvo por detrás, donde se dejan algunos mechones largos que no cortan nunca.
>
> Algunos se pintan del cuerpo de pardo. Son todos como los canarios, ni negros ni blancos, Otros se pintan de blanco, o de rojo vivo, o del color que encuentran. Algunos se pintan el rostro, otros todo el cuerpo. Algunos se pintan solamente el contorno de los ojos, otros solamente la nariz.

Su único tesoro parece ser el anillo de oro que algunos llevan atravesado en la nariz. Este detalle es de importancia: el oro está allí. Es la primera pregunta que hace Colón: ¿dónde crece el oro? Por gestos se entienden: el precioso metal está hacia el sur, donde encontrarán un “rey” considerable que posee vasijas de oro.

Siempre por gestos, como otros lo han hecho tantas veces en África, los europeos y los indígenas elevan el nivel de sus conversaciones. Esos arahuacos son en efecto apacibles pescadores, pero son presa de la hostilidad de los feroces caribes, que Colón y sus hombres conocerán pronto.

> Me percaté de algunos que llevaban en el cuerpo huellas de heridas, y les pregunté por señas cuál era la explicación. Me hicieron comprender entonces que había unos hombres que venían hasta su tierra de ciertas islas vecinas a fin de hacerlas guerra.

El lenguaje de los gestos no basta. Como en África, van a formar intérpretes. Tomas a siete indios, que se llevarán a España. Las frases de Colón mezclan aquí las dos motivaciones, que no para de invocar desde la Rábida: la colonización y la evangelización. Los intérpretes constituirán buenos agentes del cristianismo, y eso tanto más cuanto que no tiene “ninguna religión”: entendamos que no son de una religión conocida y capaz de oponer una resistencia al Evangelio. Fetichistas o animistas, las gentes sin religión son en África los que no son musulmanes. El Almirante anotará en noviembre en Cuba que los indígenas “no son ninguna secta ni idólatras”. Será fácil hacer de ellos buenos cristianos.

No ha llevado a cabo semejante empresa para encontrar una isla tan pequeña. Y los habitantes no tienen ni los modales ni las apariencias de las gentes refinadas que encontrara antaño Marco Polo. Encontrar una isla no ha asombrado a nadie. Polo escribió ciertamente que Cipango -Japón- estaba rodeado de innumerables islas, y los indios muestran el horizonte citando un centenar de nombres. Todo consiste pues en encontrar primero Cipango. Entonces, y sólo entonces, se podrá llegar a Catay y a la India, que confunden un poco. Sea como sea, Colón se declara ya “en las Indias”, y lo escribe. Contando esta vez su tiempo desde la salida de Palos, comunicará seis meses más tarde desde Lisboa a los Reyes Católicos: “En setenta y un días, llegué a las Indias.”

Bastan pues dos días para esa primera toma de contacto. El 14 de octubre, Colón deja para siempre Guanahani, llevándose a los siete arahuacos abocados a un destino de intérpretes. Naturalmente, no les dijeron que no volverían nunca. A decir verdad, el Almirante, en ese momento, no lo sabe tampoco.

CUBA

Reanudan la ruta hacia el suroeste. Yendo de isla en isla a través de las Bahamas, Colón toca varias pequeñas tierras, que bautiza en el acto, dando muestras de deferencia a la Virgen, al Rey y a la Reina: Santa María de la Concepción (hoy Rum Cay), Fernandina (hoy Long Island). En Fernandina es donde ve por fin unos indios que saben construir chozas con chimeneas y que tejen el algodón. Los hombres y las muchachas van también desnudos, pero las mujeres casadas llevan bragas. Se acercan a la civilización. El 19 de octubre, las tres carabelas fondean delante de una isla que Colón bautiza Isabela en honor de la reina (hoy Crooked). Durante algún tiempo, creen encontrar allí al rey que tiene las vasijas de oro. No está. En vano esperan fondeados que alguien traiga oro: ven llegar algodón y azagayas. Los marineros siguen deshaciéndose de sus escudillas rotas, pero no han venido para eso. Sigue sin embargo el encadenamiento: parece todavía que están en abril en Andalucía, y las bandas de loros oscurecen el sol. Los marineros encuentran maderas de áloe y canela: se acercan a la India. Colón se sentirá decepcionado cuando se dé cuenta que no es ni áloe ni canela. Cuando mucho se encuentra goma de lentisco, la cual, dicen, es excelente contra los dolores de estómago.

Por fin, el 28 de octubre, tenemos a la escuadra delante de una isla muy grande. Los indígenas de las tierras pequeñas le han indicado ya con gestos que se trataba de una tierra muy grande.

> Según lo que escuché de los indios, la isla es muy extensa, de gran comercio, bien provista de oro y de especias, visitada por grandes naves y mercaderes...
>
> Si es como dicen los indios, los de las islas y los que me llevo en mis barcos, pues no entiendo su lengua, es por cierto la isla de Cipango de la que cuentan cosas tan maravillosas y que, en las esferas que he visto y en las pintura de los mapamundi, está situada en estos parajes.

Creyó tocar por fin Japón. Cuando se entera de que está en “Colba”, hace de ella un homenaje al Infante cuya ama de cría le ayudó en otro tiempo: será Juan (hoy Cuba). Admira los árboles, la hierba, las flores, los pájaros. Descubre las papas y las habichuelas o frijoles. Los indios de a bordo dan a entender que hay allí minas de oro y que se encuentran también perlas. Pinzón opina que están en tierra firme. Se habla de ir ahora a Catay, a China, para encontrarse con el Gran Kan. Colón no olvida su misión.

Colón hace el balance. Se juzga a 26º de latitud norte. Se han apartado uno o dos grados hacia el sur. El Almirante estima la distancia recorrida: 1 142 leguas desde Hierro en las Canarias. En realidad, Colón ha recorrido unas 1 105 leguas. Pero necesita creerse en Cipangu.

Como los primeros descubridores de los archipiélagos del Atlántico africano, Colón prosigue, hacia el oeste y luego hacia el este, el descubrimiento de lo que ve como un archipiélago de cien islas y que periódicamente toma por la tierra firme, es decir Asia. El 1 de noviembre, alcanza al oeste el Cabo de las Palmeras. Se despacha a tierra a unos intérpretes, en busca de un rey y de un capital. Los dos hombres, a los que asiste un indio de Guanahani, saben uno griego, hebrero y árabe, el otro algunas jergas de la costa africana. Harán cinco días más tarde el informe de lo que han visto, a falta de haber comprendido mucho de las declaraciones de los pescadores. Se han hundido en la isla durante dos días, no han encontrado más que una aldea y a unos campesinos, no han podido conseguir un interlocutor que hable el hebrero, el griego o el africano. La decepción es aguda. A Marco Polo le fue más fácil encontrar cosas.

Colón regresa entonces hacia el este. El 14 de noviembre, bautiza Mar de Nuestra Señora y Puerto del Príncipe una vasta bahía y un fondeadero capaces de acoger a una carraca. Será Puerto-Príncipe. Se planta una cruz. Viendo a los indígenas pescar ostras, Colón manda zambullirse a algunos marineros: desgraciadamente, las ostras no tienen perlas. Poca cosa: ¡sin duda no es la estación!

El 19 y el 20 de noviembre, la escuadra hace una vana tentativa mar adentro, para ver si hay una isla al noreste. Al encontrar una tempestad, regresa al Puerto del Príncipe. El 21 de noviembre el Almirante vuelve a hacer balance, se equivoca en 20º, corrige su lectura a ojo de buen cubero, manda al demonio los instrumentos. A falta de medir exactamente el cielo, huele el mar.

Mientras tanto, Martín Alonso Pinzón decide trabajar por propia cuenta. Sin avisar, se escabulle de Colón con la *Pinta*, es decir con la mejor de las tres carabelas.

Reanudando hacia el sureste su expedición de la costa cubana, el Almirante alcanza la región donde los caribes hacen reinar el terror. Vale decir que los europeos se deslicen, habituados como estaban a unas poblaciones apacibles y fácilmente domesticadas. Ha llegado el tiempo de las escapadas, incluso de las andanadas de flechas. Las aldeas de Juana están desiertas, aunque las chimeneas humean todavía. No hay gente en los “puertos”, aunque se encuentre una piragua bien abrigada en una especie de hangar. Las tierras están trabajadas, una piragua de 20 metros está en la orilla, todo eso significa que la región está densamente habitada, y no se ve a nadie. Los intérpretes lo confirman: los naturales son unos cobardes.

> Con diez hombres se podría en fuga a diez mil, tan apocados y cobardes son, y porque no tienen por armas más que bastones en cuya punta van ajustado otros, pequeños, agudos y endurecidos al fuego.

Por lo que entienden de algunos chismes, los “caníbales” a los que esa gente teme tienen un solo ojo y cara de perro. Colón, por lo demás, no cree nada, sino que sus interlocutores indios son unos acobardados, aunque lleven “penachos sobre la cabeza, y pumas”. Pero el miedo no es imaginario, y el Almirante enlaza mal que bien lo que le informan -los raptos en las aldeas- y lo que sabe desde hace mucho tiempo: las razzias son cosa del Gran Kan. Los caribes son la prueba de que están cerquísima de China.

Lo que ven les da otras esperanzas. Así, el 25 de noviembre, en esa desembocadura de la costa cubana que el Almirante llama Santa Catalina porque es la víspera del día de esa santa.

> ...vio correr un arroyo de agua muy limpia, que se precipitaba con gran estruendo desde lo alto de una montaña. Fue hasta aquel arroyo y vio relucir unas piedras tachonadas de mancha color de oro. Y le pareció seguro que debía haber oro por allí...
>
> Vio en la playa muchas piedra color de hierro, y otras que algunos decían que venían de minas de plata...

Cuando se busca el tesoro se le ve por todas partes, aunque las piedras tachonadas de Juana sólo lo están de mica. Colón se maravilla también de la altura de los pinos. Tallan de inmediato un nuevo mástil para sustituir el que está dañado en la *Niña*, y sueñan con abastecer de planchas y de mástiles a todos los astilleros de España. A condición de traer “los accesorios”, se podría incluso construir en el lugar. Hay madera, hay pez, y la ensenada albergaría cien naves “sin ninguna amarra ni ancla”.

SANTO DOMINGO

Después de algunos días de vientos contrarios y de fuertes lluvias, el tiempo se calma. El 4 de noviembre, la *Santa María* y la *Niña* aparejan para una nueva exploración, más al este. Así es como, el 6, Colón toca la punta occidental de una nueva isla visiblemente muy habitada. Se ven humos de días y fuegos de noche. Dejan a babor una isla que el Almirante llama de la Tortuga: será el cuartel general de los filibusteros. Lo importante es la larguísima costa que las dos carabelas van a seguir por estribor durante más de un mes. Pero esta vez van a ciegas: los indios embarcados en las Bahamas y los que han tomado en Juana no saben ya dónde están. Aunque todavía son un poco intérpretes, han dejado de ser guías. Se contentan con repetir que aquí hay sobrado motivo para temer a los caribes.

El paisaje y el clima hacen pensar en España. Se oye incluso al ruiseñor, que Colón eleva verdaderamente a la altura de un símbolo. Colón finge reconocer la nueva isla como la Hispaniola de los mapas imaginarios: será Santo Domingo, o Haití. La acogida es aceptable, los "indios" son "apocados" pero se les domestica, y se ve un poco de oro en las narices y en las orejas. La buena fama de los cristianos que dan sortijas de latón y collares de vidrio se esparcen de aldea en aldea. Colón empieza a encontrarse con los jefes, a los que califica inmediatamente de "reyes", no sin preguntarse en su fuero interno si se trata de reyes o de gobernadores. Se parlotea abundantemente. Se levantan cruces.

De isla en isla, Colón y sus compañeros viven un encantamiento. Todo lo que ha leído llevaba al descubridor a encontrar esas "maravillas" alabadas por un Polo y por un Mandeville. Y he aquí que las maravillas están ante sus ojos. Está el clima, los pájaros, las frutas exóticas.

> El bosque es una maravilla. Las hierbas son como en el mes de abril en Andalucía. El canto de los pájaros os hace desear no partir nunca. Bandadas de loros oscurecen el cielo. Hay árboles de mil especies, cada uno con su fruto propio, y todos huelen bien a maravilla….
>
> No puede haber bajo el sol mejores tierras, más fértiles, de un clima más regular entre el frío y el calor, mejor provistas de aguas buenas y sanas, y no como las de Guinea, que son todas pestilentes. En efecto, gracias a Nuestro Señor, nadie entre mi gente ha sufrido hasta ahora el más pequeño dolor de cabeza, ni nadie ha tenido que estar en cama por enfermedad alguna, salvo un viejo que sufría de piedra y había sufrido toda su vida, y que quedó curado al cabo de dos días.

No es menor el asombro cuando descubren el uso del tabaco. Ya en San Salvador Colón se había asombrado de que le ofrecieran como cosa preciosa unas pocas hojas secas. Pero en Cuba los europeos se percatan de que se puede fumar la hierba incandescente. Los dos intérpretes enviados al interior de la isla han quedado impresionados. "Muchas gentes, hombres y mujeres, se dirigían a su aldea llevando en la mano un tizón de hierbas cuyo humo aspiraban."

Los hombres de Colón se aficionan a lo que será la hierba de Nicot. Se deleitan también con las naturales que se abandonan sin rechistar. La desgracia es que los europeos no están acostumbrados en absoluto a una enfermedad que la autovacuna hace benigna entre los "indios" y que va a hacer en la colonia y muy pronto en Europa terribles estragos: la sífilis.

A decir verdad, a duras penas se mecen con ilusiones. Todos se dan cuenta que no han encontrado la India de los tesoros, de las piedras preciosas y de las especias, como tampoco la China de las sedas. Pueden ciertamente intercambiar oro contra

cascabeles, pero están lejos de lo que anunciaban los viajeros, los mercaderes como los franciscanos. Cuando se dice maravillado, Colón fuerza la nota. Da a un valle de Hispaniola el nombre de Paraíso, a un río el de Guadalquivir. Sin comentario, la verdad heriría a sus compañeros como más tarde a los Reyes Católicos: unos salvajes desnudos y pintarrajeados, y unos pocos anillos de oro.

Por ninguna parte se ve aflorar el oro, el oro que crece, el oro que se recoge. Por todas partes Colón y sus compañeros creen oír que está en otra parte, en la isla siguiente. En Juana, el oro estaba en la Española. En la Española, les aseguran que hay oro en mucha mayor cantidad en la isla de la Tortuga. A menos que esté en Banéque (Jamaica o la Grande Inague). Lo que no dicen los naturales, lo imaginan. Como los indios intercambian de buena gana morralla de oro contra unos vidrios que los europeos saben bien que cuestan muy poco, se deduce de ello un poco apresuradamente que el oro es abundante, que está al alcance de la mano. Si un indio señala con gestos grandilocuentes el adorno que lleva en la nariz, entienden que el oro se recoge de noche en la isla vecina. Cuanto menos oro y piedras preciosas se encuentran, más se enfebrecen las imaginaciones.

> Supo por un viejo que había a cien leguas y más, según lo que pudo comprender, muchas islas apretadas en las que nace cantidad de oro. Aquel viejo llegaba a decir que entre otras islas había una toda de oro.

Colón hace sin embargo una observación de una asombrosa lucidez. Si se encuentra poco oro, es que esas gentes no tienen nada que vender. La mina está todavía por encontrarse.

> El Almirante dijo que no creía que hubiera minas de oro, ni en la isla de la Española, ni en la de la Tortuga. El oro se traía probablemente de Banéque, y en pequeña cantidad porque estos indios no tienen nada que dar a cambio.

El domingo 16 de diciembre, en la Española, Colón toma una decisión que compromete el porvenir. Escoge establecer de fijo una colonización fundada en un establecimiento permanente. Los indios apocados son gente vigorosa, “propios para ser mandados y para que se les haga trabajar”. Se les podría incluso aclimatar a la vida citadina y al vestido. Se esboza la colonización, con su explotación de una mano de obra que da más o menos su consentimiento.

Mientras tanto, el tiempo pasa. La sal y los gusanos roen las carabelas. Habría que repararlas ciertamente. Las rivalidades entre los jefes se muestran a plena luz. La expedición se dispersa. El 22 de noviembre, Martín Alonso Pinzón se ha ido con el barco más maniobrable a buscar el tesoro por propia cuenta. Regresará el 6 de enero,

no habiendo encontrado nada. El Almirante no se engañará ante sus excusas. Pinzón ha traicionado por las buenas, pero Colón no puede transformar una rivalidad en una guerra, y necesita la Pinta. Acepta las excusas. En una palabra, es tiempo de regresar. Por lo demás, el virrey no olvida que tiene que rendir cuentas, y piensa que conviene ir a España a oficializar su fortuna.

Se lleva muestras de las maravillas que ofrecen las islas. Bueno estaría que los tachasen de jactanciosos. Lleva también unos indios absolutamente inconsciente de lo que les espera. ¿Cómo podrían adivinar que van tan lejos? Nadie piensa todavía en hacerlos esclavos: se les catequizará, se hará de ellos intérpretes para los próximos viajes. A decir verdad, los apacibles indígenas que no se hacen de rogar para subir a bordo de las carabelas están propiamente estupefactos ante lo que ven y ante lo que les sucede. Los cañones atruenan en honor de un "rey" al que se recibe en gran pompa en la *Santa María* el 18 de diciembre. Cuando mucho se piensa que habrá que enseñarles a llevar alguna ropa y a respetar ciertas costumbres. Harán de ellos unos europeos. El aprendizaje empieza en la fiesta.

> Mandé buscar un excelente de oro donde están grabadas las efigies de Vuestras Altezas, se lo mostré y le expliqué que Vuestras Altezas son dueñas de la mejor parte del mundo. Le mostré los estándares reales y el que llevaba la Cruz, y hubo de ello gran admiración.

El buen rey y sus hombres en cueros ignoran cómo terminan ya esos asuntos en África. El jefe deslumbrado se lleva a su choza la suntuosa colcha que adornaba la cama del Almirante, unos borceguíes de cuero rojo, un collar de ámbar, un frasco de agua de azahar. Esos barcos han venido sin duda del Cielo.

Es el idilio. En los últimos días, otro rey, llamado Guacanagari, ofrece a Colón adornos de oro, un cinturón, una máscara. Los indios que se aglomeran para visitar las carabelas no dejan de traer pequeños objetos de oro. Para la comida que ofrece a sus huéspedes, Guacanagari no olvida ponerse la camisa y los guantes que le han regalado. Cuando lo recibe a su vez, Colón se pone su máscara de oro.

Se portan del mismo modo con todos los reyes. Uno de ellos recibe, a cambio de una corona de oro, un manto de escarlata y un anillo de plata, sin hablar de los inevitables vidrios. Todo el mundo se divierte locamente. Se ayudan también mutuamente, y Colón informará a los Reyes Católicos de la eficacia de los indios que, después del encallamiento de la Santa María, se apresuraron a transbordar los víveres y las mercancías sin robar, anota, ni siquiera una agujeta.

La expedición regresa, claro, con el oro ofrecido, pero no ha encontrado la mina. El oro es obviamente abundante, pero no han ido a las islas para traer cinturones y anillos. Y he aquí que, el día de Nochebuena, se deja entrever una pista, acompañada de una certidumbre. Los indios dan a entender que el oro viene de una gran isla, Cibao. Colón cree oír Cipango. Ha ganado todas sus apuestas el oro y el Japón. Será asunto del próximo viaje.

Ya desde entonces forma el proyecto que manchará su memoria. Colón no piensa ni un instante que los buenos indios a los que da vidrios a cambio de oro puedan ser tratados como prisioneros de guerra pero razona como si lo pensara. “Deberían ser buenos servidores. Tienen el ánimo despierto, pues creo que repiten en seguida lo que les digo.”

Junto con la preocupación de formar intérpretes capaces de acelerar la evangelización, la palabra conducirá a la deportación y a la esclavitud.

NATIVIDAD

Diferir el regreso sería peligroso. Hay que encontrar Cibao, pero eso quedará para más tarde. La situación no es buena, ni tampoco la moral. En la noche del 25 al 26 de diciembre, mientras el timonel ha hecho que lo sustituya un grumete para dormir tranquilo, la *Santa María* topa con los caracoles de un bajo fondo. Colón envía al patrón Juan de la Cosa con unos cuantos hombres en la barcaza para halar el ancla y echarla a popa: se trata de detener el movimiento del barco. En lugar de eso, Juan de la Cosa y sus compañeros de fortuna se asustan y azocan hasta la *Niña*. En la madrugada, todo el mundo está agrupado en la pequeña carabela, pero la nao almirante hace agua por todas partes. Para aligerarla y tener alguna probabilidad de liberarla, Colón ha mandado incluso derribar el palo mayor. De nada sirve: la marea bajaba y el barco se ha quebrado al encallar.

El accidente tiene graves consecuencias. En primer lugar, se ha perdido la *Santa María*, y todas las palabras del Almirante sobre la posibilidad de constituir barcos en las islas no pueden hacer que se construya otra carabela sin astillero y con las herramientas de a bordo. El Almirante se ve pues obligado, cuando Pinzón no ha regresado todavía de su escapada, a hacer que toda su gente quepa tan sólo en la *Niña*. Finalmente, el hecho de que Juan de la Cosa haya caído así en el pánico, cuando se trataba de su propio barco, muestra que los nervios están duramente puestos a prueba. Y Colón, que no tiene ningunas ganas de encontrarse solo, es

completamente incapaz de castigar, igual que al retorno de Pinzón. Bien ve el Almirante que ahora todo el mundo sueña con España.

Incluso después del rencuentro con la *Pinta* el 6 de enero, Colón no dispondrá ya más que de dos carabelas. Es claramente imposible amontonar a todo el mundo a bordo de ellas, con el suplemento de los indios y el muestreo que sabemos. Colón se abandona a cierta amargura: todo eso no habría sucedido si hubiera contado con tres verdaderas carabelas como la Pinta. Presintiendo los reproches que le harán a su regreso, anota en su diario los defectos de la pesada *Santa María*. Les guarda rencor a las gentes de Palos, acaso también un poco a los Reyes. Naturalmente, rumia su furia contra la insubordinación de Pinzón.

El realismo manda: hay que aligerar. El Almirante encuentra algunos voluntarios para quedarse en la Española a fin de proseguir la exploración. Están seguros de encontrarlos, al regreso, a la cabeza de "una barrica de oro" y de una fortuna en especias. Habrán descubierto con seguridad la mina de oro. De algunos conciliábulos entre los indios, vagamente sorprendidos e interpretados, Colón saca la convicción de que el oro está cerca.

> El Almirante había creído entender que el Rey maniobraba para que no supiera dónde nacía y se recogía el oro, a fin de que no fuera a cambiarlo o comprarlo en otro sitio.

Colón empieza entonces a desarrollar los argumentos que justificarán su regreso a las islas, o sea, una nueva inversión. Con el oro que se encontrará, se financiará en tres años —¿por qué tres años?— la cruzada que liberará a Jerusalén. El naufragio del 25 de diciembre no ha producido ninguna muerte, pero ha dado el toque de muerte a las ambiciones inmediatas. Ha empujado visiblemente al Almirante a una visión más humilde de las cosas de este mundo. En la hora de las incertidumbres y de los riesgos de motín, hablaba del oro. Cuando el aislamiento se hace severo y el oro está todavía por encontrarse, si no son los pocos trozos ofrecidos por los indios, de lo que habla es de Jerusalén. Está naciendo el místico que va a exaltarse en las próximas expediciones. Colón perseguía un proyecto. Ahora va a perseguir un sueño. Se viste con un amplio manto de paño grosero, como un franciscano. Se deja crecer la barba. Pronto Cristóbal será el "Porta-Cristo".

A falta del navío que les habría permitido proseguir la navegación de isla en isla, se construye para los 39 hombres que se quedan una fortaleza de estacas, con una torre y un gran foso. En la carta que redactará durante la travesía de regreso destinada

a su protector Santángel, dará a su fundación proporciones imponentes. “Tomé posesión especial de una gran ciudad, que he llamado ciudad de la Natividad.”

Es efectivamente la época de Navidad. La plaza se llamará Natividad. Pero la gran ciudad no es más que una aldea, y la toma de posesión no quiere decir nada. En cambio, Natividad será el primer punto fuerte del programa formulado el 16 de diciembre. Se nombra un capitán: Colón escoge al primo de su amante, Diego Arana. El notario Rodrigo de Escovedo le asistirá, así como el alguacil real Pedro Gutiérrez. A fin de facilitar las compras de oro, les dejan las cosas de vidrio, los cascabeles y los gorros. Se quedan también con un año de víveres, bizcocho y vino. Para sus transportes, tendrán la barcaza de la difunta Santa María. Algunas demostraciones de fuerza, puramente espectaculares, dejarán en los indios una impresión lo bastante fuerte como para apartar de ellos toda mala tentación: se hace oír la artillería. En una palabra, la guarnición no corre ningún peligro.

> Sólo los hombres que dejé allá bastarían para asolar todo el país, y, si saben comportarse, es una isla sin peligro para sus personas.

Colón y sus compañeros se han equivocado. Han apreciado la hospitalidad de unas apacibles aldeas de pescadores. Han entrevisto de todos modos a los guerreros del interior, esos terribles caribes —son en realidad ciguayos— que los otros parecen temer, y a los que se acusa de comerse a sus prisioneros. Los guerreros han mostrado sus arcos. Los han puesto en fuga. Una vez partidas las carabelas, regresarán hacia Natividad.

Ha llegado el momento. El 4 de enero de 1493, Colón sale de Natividad con la *Niña* sola. Proa al este, sigue la costa de la Española. El domingo 6, se vislumbra una carabela: es la *Pinta*. Por los indios, sabían que andaba por las inmediaciones. Después de una corta pero brutal explicación, se reconcilian. Nadie puede darse el lujo de un regreso solitario.

> El Almirante tuvo a bien disimular, a fin de no dar pie a los maleficios de Satanás, que deseaba impedir el viaje como lo había hecho hasta entonces.

Navegan primero un poco a lo largo de la costa, encuentran un río que acarrea pepitas. La mina está cerca, pero ya no hay tiempo. Calafetean la Pinta que hace agua por todas partes. Pronto será imposible regresar. Colón no se demora. Además, está cansado: el 9 de enero, ve con sus ojos tres sirenas, “no tan hermosas como las pintan”. En realidad ha visto manatíes.

El Almirante quiere tener en todo la seguridad de la concordancia entre la realidad y sus lecturas, y eso tanto más cuanto que acaba de hacer un nuevo cálculo y se juzga a menos de 400 leguas de la India. Haya encontrado o no Cipangu, por lo menos ha encontrado esas islas que bordean a Asia y de las que los viajes, desde hace más de dos siglos, no han dejado de dar nomenclaturas. ¿No citan Marco Polo y después de él Pierre d'Ailly esas dos islas del océano Índico una de las cuales está poblada de hombres y la otra de mujeres? Llamará a la una Masculina, a la otra Feminea. Pero el virrey comprende, en vísperas de partir de la Española, que una isla Martinino, a unas horas de vela hacia el sur, es la isla de las Mujeres. Lo que le indican así es probablemente la Martinica. Sin duda unos haitianos han ido allí a buscar esposas, a menos que sea el derecho exclusivo de los habitantes de la isla de Caribe, la isla de los Hombres, que puede ser Puerto Rico o la Guadalupe. Sus lecturas vuelven al ánimo del Almirante, que mezcla a lo que le dicen los indios su propio recuerdo de las Amazonas. Las mujeres de Martinino son guerreras de armadura de cobre. Lanzan flechas que fabrican ellas mismas. Es además su única ocupación. Colón establece paralelismos entre la isla de los Hombres y la isla de los guerreros caribes, entre las mujeres del arco y los terribles antropófagos. Se propone ir a ver, luego renuncia a ello al transcurrir unas pocas horas, pues los vientos no son favorables. Anota que irá en el próximo viaje. Hay todavía maravillas que descubrir.

El 16 de enero, dan la espalda a la tierra. Colón está en la *Niña*, flanqueado por el hermano de Martín Alonso, Vicente Yáñez Pinzón, que es un buen piloto, y por el patrón Pedro Alonso Niño. Martín Alonso está naturalmente en su *Pinta*. El viento es bueno, y el Almirante lo utiliza hábilmente. Poniendo primero proa al noreste, alcanza así la latitud — la de las Bermudas, hacia el paralelo 32— en que se toman los grandes vientos de oeste que llevan hacia Europa. Esta vez no hay ni incertidumbre ni inquietud. El itinerario escogido no es otro que el del gran bucle, de la volta que permite a los barcos que vuelven de África encontrar en altamar vientos de oeste. Colón no hace sino extrapolar lo que se sabe, tomando la volta en la extrema tangente del anticiclón. Las Azores están al este. Ya no es cosa de acechar los signos en las olas. Los marineros saben adónde van: a España. Tranquilo, el Almirante redacta su informe.

Ha apuntado a las Azores. El 3 de febrero, juzga a la Polar tan alta sobre el horizonte como en el Cabo San Vicente: va pues sobre la línea de los Azores y Portugal. El 4, el tiempo se hace frío y lluvioso. Colón comprende que está saliendo del anticiclón por el norte. Corrige el rumbo, del este-noreste al este. Tres días más tarde, en el *Niña*, el Almirante y sus allegados están en desacuerdo. Colón mantiene el rumbo hacia el este para llegar a las Azores. Los otros piensan que al este encontrarán Madera. Las Azores están al norte, dicen Vicente Yañez Pinzón y Francisco Roldán. El

patrón Pedro Alonso Niño opina en el mismo sentido. La verdad es que nadie sabe ya dónde están los dos barcos. El 10, los pilotos hacen de nuevo balance con el Almirante. Están en desacuerdo: los pilotos se creen cerca de Madera, habiendo rebasado ampliamente las Azores. Para ellos, Castilla está cerca. El Almirante se va más hacia atrás, todavía antes de las Azores.

Entonces, el martes 12 de febrero, la tempestad sorprende a la flotilla. Durante una semana, los dos barcos están en peligro. Se cargan las velas, conservando a veces una, mantenida muy baja en el palo mayor. Para dar a los barcos un poco de estabilidad, se les lastra llenando de agua de mar los barriles de vino ya vacíos. Se canta el *Salve Regina*. Se prometen peregrinaciones. Un sorteo a bordo de la *Niña* designa a los que irán a dar gracias a la Virgen en diferentes santuarios: cuando escogen al que irá al célebre monasterio de los jerónimos de Guadalupe, en Extremadura, con un cirio de cinco libras, es el Almirante quien saca del gorro el garbanzo marcado con una cruz con la punta de su propio cuchillo. Irá en peregrinación. Pero la suerte designa también a los peregrinos a Nuestra Señora de Loreto y a Santa Clara de Moguer. Decididamente tenaz, la suerte manda otra vez al Almirante a Moguer, que está cerca de Palos. Para Loreto que está en Italia, los garbanzos designan a un marinero, al que Colón promete en el acto tomar a su cargo los gastos del viaje. No es hora de ahorros. Además, todo el mundo se dirigirá, apenas llegados, en camisa, a la primera iglesia consagrada a la Virgen. Y cada uno se apresura a añadir a los votos colectivos sus votos propios.

En la prueba, Colón se interroga. Dios ha permitido el descubrimiento. No puede de pronto negar su misericordia impidiendo que se hable de ello. El Almirante está insertado en el plan divino: no puede ser para que la cristiandad ignore las nuevas tierras abiertas a la Fe. Pero Colón es hombre precavido: confía a las olas, envuelto en una tela encerada y deslizado en un gran barril, un pergamino sobre el que consigna apresuradamente lo esencial de su mensaje. Promete incluso, a cuenta de los Reyes Católicos, mil ducados a quien les remita el pergamino. Se ata un segundo ejemplar al casco de la *Niña*. Colón llegará a puerto, pero no el tonel.

La tempestad ha dado a Pinzón la oportunidad que esperaba: el 14 de febrero, las dos carabelas se encuentran separadas. Apenas salida de las trombas, la *Pinta* una vez más campea por sus reales. Ignorando a la *Niña* del Almirante, Pinzón singla hacia Europa. Siempre soñó ser el primero en llegar a Sevilla y anunciar a los Reyes la noticia que hará su fortuna.

El 15 de febrero, se vislumbra una tierra. Algunos ven en ella Madera, otros están seguros de reconocer la roca de Sintra. Otra isla se deja ver al día siguiente. El 17

por la mañana, tocan tierra. Es otra vez Colón quien tiene razón: la *Niña* está en Santa María, una de las Azores.

ESPAÑA Y PORTUGAL

Conviene cumplir primero uno de los votos hechos en el fragor de la tempestad. Avizoran una capilla. Con la barca, la mitad de la tripulación se dirige a ella en camisa y descalzos. La otra mitad irá después, con Colón. Éste querría una misa: manda buscar un sacerdote en la ciudad. A bordo de la carabela, el Almirante espera el regreso de la barca. Cuando la ve regresar, viene cargada de portugueses armados.

El capitán portugués João de Castanhida viene a estorbar las devociones: está seguro, esas gentes regresan de la costa de Guinea. Con sus hombres, ha capturado a todos los peregrinos. Ahora, hace intimaciones al Almirante: que la carabela se dirija al puerto, y que todo el mundo se rinda. No sin preguntarse si no habría estallado de nuevo la guerra entre los dos reinos durante su ausencia, Colón muestra de lejos las cartas de los Reyes Católicos. Castanhida declara no conocer en las Azores ni rey ni reina de Castilla. Sube el tono. Colón amenaza con despoblar la isla, cosa para la que por lo demás no tiene medios. Mientras tanto, se va a otra isla, a São Miguel, donde manda reparar la *Niña*. Previendo otras tempestades, se lastra con cantidad de agua de mar en los barriles antes llenos de vino y de agua dulce. Y regresan a ver qué pasa en Santa María.

El portugués es testarudo. El oro y los indios muestran bien que la *Niña* no viene de España. ¿De dónde habría de venir sino de esa África donde el rey de Portugal no tolera ninguna competencia? Le costará tres días al Almirante hacer entrar en razón al portugués: los indios no son africanos, y sus hombres vienen de tierras nuevas, más allá de Atlántico. Dos sacerdotes y un notario suben a bordo de la carabela para verificar las cartas de los Reyes. Los prisioneros son liberados. El 24 de febrero pueden partir de nuevo.

Siguen los sinsabores. La Niña está en la latitud de Gibraltar cuando, el 27, otra tempestad la desvía hacia el norte. Otra vez se prometen peregrinaciones. El 3 de marzo, el viernes se lleva las velas. La carabela va a palo seco. Remontan una baja vela en el palo mayor. Y añoran el clima templado de las islas. Una vez más, el Almirante evoca ese “fin de Oriente” que acaban de descubrir, y donde todos los teólogos sitúan el Paraíso terrenal. Es duro volver a tomar contacto con Occidente.

Colón había imaginado muchas veces su entrada triunfal en el estuario del Guadalquivir. En la mañana del 4 de marzo, avizora Europa bajo la forma poco

tranquilizadora de la roca de Sintra: no es el río de Sevilla, es el Tajo lo que remonta, y no sin inquietud. La tempestad le prohíbe dar media vuelta. Va a ser necesario una vez más declarar que no regresa de Guinea. Y teme por su oro.

Asombroso azar, el que sube a bordo delante de la torre de Belem para exigir explicaciones no es otro que Bartolomé Dias. Colón se niega a dar cuentas, pero acepta mostrar sus cartas. Por lo menos aquí le creen a la primera palabra: en el puerto de Lisboa, nadie ignora que partió hacia las islas nuevas. Enterarse de que el invierno ha sido fértil en tempestades le consuela un poco: se cuentan 25 barcos perdidos en la ruta de Flandes. Los que han vuelto de altamar aparecen como héroes. La ciudad los festeja. El Rey convoca a Colón y lo recibe el 9 de marzo. Ciertamente Juan II trata con consideración al Almirante castellano. No puede decentemente reprocharle que no le haya servido…

En realidad el rey de Portugal bufa de ira. Ha errado la ocasión. Intenta rehacerse: el monopolio de África, que le reconoce el tratado con Castilla, ¿no se extiende a todo el océano? ¿O por lo menos a todo el océano al sur y al oeste de las Canarias? Más que un anexo de las Canarias, ¿no son las islas nuevas una prolongación de Guinea? La maniobra es demasiado grosera, y los Reyes no se preocuparán mucho por ella. Lo único evidente es que habrá que negociar una repartición. Colón, en cambio, se inquieta seriamente por sí mismo: el Rey bien podría mandarlo asesinar. Parece que la sugerencia le fue hecha a Juan II por algunos de sus consejeros. En todo caso, el Almirante rechaza la propuesta que viene a hacerle un escudero del Rey: unos caballos para irse a Castilla por la carretera. Colón se siente más seguro a bordo de su carabela.

La amargura del Rey se verá reavivada pronto por la propuesta que le hace, por carta del 14 de julio de ese mismo año de 1493, el geógrafo Hieronymus Müntzer, de Nuremberg: muy enterado de los trabajos de su compatriota Martín Behaim, pero ignorando el viaje de Colón, Müntzer se compromete a ir a la India por la ruta atlántica…

El miércoles 13 de marzo, la *Niña* sale de Lisboa. Colón ha despachado ya por un correo dos cartas. Una va dirigida a los Reyes, la otra a su benefactor Santángel. Les anuncia que la Corona de España tiene ahora un imperio y nuevos súbditos. Y pasa a esbozar un cuadro encantador de esos indios honrados y temerosos, de hermosa prestancia y seria moralidad, que no tienen por dios sino al Cielo ─los negros de África tienen globalmente fama de idólatras cuando no son musulmanes─ y que se contentan ─exceptuando a los jefes─ con una sola y única mujer. Colón no olvida nada, ni la calurosa hospitalidad que le han mostrado, ni el hecho de que las mujeres trabajan más

que los hombres. Sobre todo, describe en detalle lo que ha traído, y lo que se traerá en los próximos viajes.

El viernes 15 de marzo de 1493, hacia mediodía, está en Palos. Grande es su alegría de ver, unas horas más tarde, llegara a la *Pinta* de Martín Pinzón, a la que la tempestad ha empujado más al norte aún, hasta Galicia. El que quería adelantársele llega a Palos en el momento en que la ciudad regocijada recibe en triunfo al Virrey de las Indias. El compañero desleal queda bien castigado. Estaba ya enfermo. Su estado se agrava con la decepción. Morirá de ello unas semanas más tarde. Colón no lo llorará.

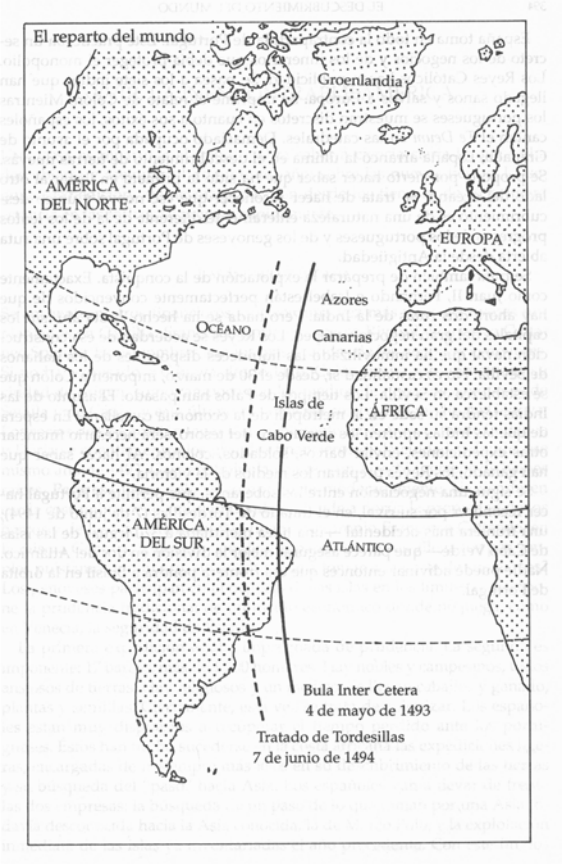
La segunda alegría viene con unas cartas del 30 de marzo: los Reyes le dan su nuevo título de almirante, virrey y gobernador. Colón no se contenta con eso. Empieza a jugar con su nombre de pila: firma ahora *el Porta-Cristo*. Las fiestas que le hacen, en Sevilla primero, después en Córdoba donde se reúne con Beatriz y sus hijos, en Barcelona finalmente, donde le esperaba la corte, se revelan a la altura de sus ambiciones. Cuando los Reyes y los grandes de España se levantan a su entrada, sabe que no ha soñado. Pero el mayor placer es sin duda el que siente cuando los Reyes, por carta, rinden homenaje a la "ciencia" del autodidacta que se ha sentido tantas veces despreciado por los maestros.

CONCLUSIONES

Los Reyes, esta vez, precipitan las cosas. Las islas descubiertas serán españolas, pero Portugal bien podría interesarse ahora en la ruta occidental de las Indias. Colón lo dice sin ambages: toda la cristiandad encontrará "gran negocio" en sus descubrimientos, "y especialmente España, a quien todo debe someterse". Fernando e Isabel no se hacen rogar.

El asunto se lleva adelante limpiamente. Inmediatamente traducida al latín, la carta de Lisboa se envía al papa, el cual es muy afortunadamente un español. Alejandro VI Borgia confirma sin vacilar la soberanía de los Reyes sobre las islas descubiertas "hacia las Indias", a condición de que se envíen rápidamente misioneros. La bula *Inter cetera* (4 de mayo de 1493) fija en 100 lenguas al oeste y al sur de las Azores y de las islas de Cabo Verde la demarcación entre los dos imperios. Observemos que, a falta de un meridiano cero, no se atreven a determinar esa determinación en grados de arco.

España toma en todo la contrapartida de Portugal. Éste practicaba un secreto de los negocios y de los itinerarios que debía proteger el monopolio. Los Reyes Católicos hacen publicidad. Se pasea a los siete indios que han llegado sanos y salvos a Europa. Se imprime el relato de Colón. Mientras los portugueses se muestran discretos en cuanto a sus éxitos, los españoles cantan el *Te Deum* en las catedrales. Demasiado ocupada por el asunto de Granada, España arrancó la última en el descubrimiento de tierras nuevas. Se propone por cierto hacer saber que ha sido la primera en llegar al otro lado del océano. Se trata de hacer reconocer que ese nuevo y único descubrimiento es de una naturaleza enteramente diferente de la de los lentos progresos de los portugueses y de los genoveses de Portugal sobre una ruta abierta desde la Antigüedad.



Se trata también de preparar la exploración de la conquista. Exactamente como Juan II, Fernando e Isabel están perfectamente convencidos de que hay ahora dos rutas de la India. Pero nada se ha hecho, hasta ahí, sin los capitales del gran negocio europeo. Los Reyes se acuerdan de esa construcción naval que ha inmovilizado las liquideces disponibles de los italianos de Sevilla. No es casualidad si, desde el 30 de marzo, imponen a Colón que se establezca en Sevilla. Los tiempos de Palos han pasado. El asunto de las Indias tendrá su sede en la metrópoli de la economía castellana. En espera de que las Indias aporten los ríos de oro del tesoro, será necesario financiar otras expediciones, evitar barcos, soldados, colonos. Al hacer saber que han ganado, los Reyes preparan los medios de la victoria.

Se sigue una negociación entre los soberanos, que permite a Portugal hacer reconocer por su rival, en el tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494), una frontera más occidental ─una línea meridiana a 370 leguas de las islas de Cabo Verde─ que parece asegurar mejor la división en dos del Atlántico. Nadie puede adivinar entonces que esa frontera pondrá a Brasil en la órbita de Portugal.